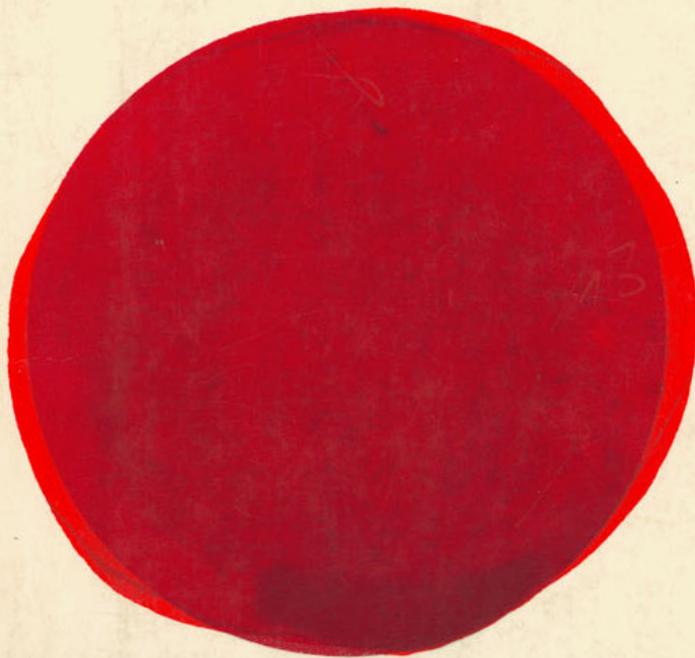


JAIME EYZAGUIRRE



***HISPANOAMERICA DEL DOLOR  
Y OTROS ESTUDIOS***

EDICIONES CULTURA HISPANICA

## 6. EL CREPUSCULO DE LA CABALLERIA

### 1. *Los caballeros del valor*

La Edad Media no se ha despedido de Europa sin poner a buen recaudo el tesoro de su espíritu. Y así, cuando el goce de los sentidos, la rotura de las trabas y las manipulaciones siniestras por el poder —llámense luces de oro del Tiziano, torsos atléticos y liberados de Miguel Angel o venenos y simonías de los Médicis y Borgia— parecen inundarlo todo, quedan aún en el rincón español adustos mortales de albas golillas y vestiduras negras que meditan sobre el valor ascético de la caballería. Soldados, frailes y mujeres cuidan todavía allí el fuego de una época que brega por subsistir. Hay una Teresa de Avila, lectora adolescente de los relatos heroicos, que huye del hogar soñando con morir en tierra de moros; y un Ignacio de Loyola, capitán herido en el cerco de Pamplona, que velará sus nuevas armas en el altar de Dios, para reconquistarle un mundo al frente de su «compañía». La sed de gloria celestial, sola o muy mezclada con el ansia de alto renombre, bulle en las conciencias, y la empresa de América, con todo el atractivo de lo ignorado e inmenso, le sirve de inagotable acicate. Ante ella todo el pueblo se moviliza y, anhelante de aventuras y cargado de imágenes caballerescas, toma sobre sí el peso de una misión sobrehumana que traspasa los límites de la leyenda.

América se vuelve para el español de entonces un imán de irresistible atractivo; y ricos y pobres, nobles y plebeyos, quieren venir a participar en la acción extraordinaria. Aquí las diferencias de casta que pudieron existir en la metrópoli pierden toda su eficacia y es sólo el valor el timbre aristocrático que triunfa. De esta manera se ve al conquistador Alvarado descuidar hasta el desprecio sus insignias de caballero santiaguista traídas de España; a otros substituir sus históricos escudos de familia por novísimos que hablarán al futuro de sus hazañas personales; y a un noble de alta alcur-

nia como don Alonso Enríquez de Guzmán, tener a honra servir a un obscuro bastardo como el Adelantado Almagro, de quien dijo el Inca Garcilaso que «fue hijo de padres nobilísimos que fueron sus obras».

El Nuevo Mundo, campo de choque y batallar, permite el reajuste de todas las jerarquías tradicionales y consagra, por sobre las viejas y doradas cunas, el mérito de los audaces. La empresa de conquista es un torneo en el que cada uno ha de lucir como mejor pueda la más alta y digna virtud del caballero, que es el valor. Por eso habrá en ella gestos como el barrenamiento de sus naves por Cortés para que nadie retroceda, o terquedades sublimes como la de Pizarro en la isla del Gallo con sus trece compañeros, empeñados en conquistar solos un dilatadísimo imperio. Y habrá también reminiscencias medievales del linaje de los Palmerines y Amadisés, en esas fantásticas intenciones de buscar el vellocino de oro, el agua de la vida o la Ciudad de los Césares.

Toda aventura de caballería comienza con la vela de armas, lo que tampoco falta en las empresas de América. Será en la iglesia de Panamá donde los socios Pizarro, Almagro y Luque comulgarán con la misma hostia antes de iniciar la conquista del imperio de los Incas; mientras Pedro de Valdivia partirá a Chile después de poner en la catedral del Cuzco su breve fuerza expedicionaria bajo la protección de Santiago y de la Virgen María. Asegurado así el apoyo de lo alto, los caballeros comenzarán a tejer con sus proezas la urdimbre del nuevo romance que admirará al mundo. En él, por sobre la suma de objetivos secundarios, brillará siempre el ansia sin medida de gloria, mientras el acaparamiento de oro servirá más bien de recurso para lograr esta meta que dé finalidad en sí de la aventura.

Cortés, ya lleno de honor y de riqueza después de la conquista de México, no queda aún satisfecho y emprende a gran costo otras expediciones al sur. A su padre escribe «que tiene por mejor ser rico de fama que de bienes y por conseguir este fin los ha todos pospuesto». Y al emperador añade que ha afrontado tan grandes peligros y padecimientos para dar testimonio al mundo de su fidelidad de vasallo, «y no por codicia de tesoros, que si éstos me hubieran movido, pues he tenido hartos, digo, para un escudero como yo, no los hubiera gastado ni pospuesto para conseguir este otro fin, teniéndolos por más principal».

Francisco de Montejo, a su vez, no se contenta con el pacífico disfrute de su repartimiento en México y sigue en busca de nueva fama a la América Central. Y Pedro de Alvarado intenta trocar el goce de la capitania general de Guatemala por los azares de una expedición al Perú.

Cuando Diego de Almagro se transforma en un Crespo con la cuota que recibe del rescate de Atahualpa, piensa sólo en invertirla, sin tasa ni medida, en equipar un viaje a los confines de su provincia de la Nueva Toledo. En él le acompañan doscientos cincuenta nobles en un total de quinientos españoles —«la flor de Indias», al decir del cronista Oviedo—, a quienes

adelanta hasta ciento cincuenta mil pesos de oro para equiparse, seguro de que le resarcirían con las ventajas logradas en las nuevas tierras. La expedición acaba sin embargo en el mayor de los fracasos y muchos de los participantes quedan en extremo endeudados con su jefe. Pero éste, antes de regresar al Perú, toma en sus manos las muchas escrituras de obligaciones y haciéndolas pedazos carga solo con la enorme pérdida económica. Sus palabras del momento anticiparían en medio siglo la orden de Felipe II de dar acciones de gracias en los templos por el desastre de su propia Armada, dirigida contra el protestantismo y dispersa por inescrutables designios de una Providencia siempre sabia: «Demos gracias a Nuestro Señor por todo lo que hace e conformémonos con El, pues por vuestra parte ni la mía no hemos cesado de trabajar, ni nos queda qué quejarnos de nosotros mismos.» De nuevo aparecía encarnada esa suprema virtud del hidalgo que es el saber perder.

## 2. *Valdivia, el fundador*

En la gran excursión medieval al Nuevo Mundo ha viajado de embozo el Renacimiento. Y aquí y allá, en medio de los sobrios padrones de la caballería, despuntan de súbito sus sagaces maneras, su sensualidad refinada y frío realismo. ¿Cómo no advertir, bien luego, junto a la tosquedad de un Pizarro y al impulso irreflexivo de un Almagro, el paso certero y meditado de un Valdivia?

Recio de complexión y con el señorío innato de los jefes, tiene los recursos del cuerpo y del alma para afianzar ambiciones, pero éstas no se le encarnan sin mucho riesgo y trabajo. La acción en Venezuela le resulta mezquina, y cuando va al Perú en busca de escenario propicio, encuentra ya cogidos los primeros puestos. Queda sólo una empresa y es la de Chile que se le ofrece como campo exclusivo para sus esperanzas. Y sin importarle el fracaso anterior de Almagro y el consejo de los amigos prudentes, sale con siete hombres del Cuzco a mirar el planeta en el último escorzo de su faz.

Este hombre de voluntad decidida no conoce un momento el quebranto y la vacilación en medio de penurias sin límites. Sabe lo que es el azote del frío y el hambre en esa travesía dantesca del desierto de Atacama en el corazón de agosto. Sabe lo que es encontrarse con los escombros humeantes y las sementeras soladas de un Santiago apenas fundado y ya en retoño de prosperidad. Sabe lo que es toparse a cada paso, en valle y montaña, en claro y espesura, con la manada furiosa de indios pronta a exterminarlo. Sabe, en fin, lo que es llevar en la propia hueste española una conspiración siempre en germen y que busca acabar con su vida.

En pocos como en Valdivia el oro sólo resulta instrumento de soñadas ansias de dominio. Tenía en las Charcas una valiosa mina como premio de sus servicios a Pizarro y no vacila en dejarla a cambio de una aventura a ojos de todos incierta, pero que ya él ve iluminada con la fuerza de su fe. Y cuando en Chile traen de los lavaderos de Concepción grandes pepas de oro a su presencia, parco, se limita a decir, pensando en alta voz: «Desde ahora comienzo a ser señor». Es el hombre del Renacimiento que sabe del poder de la riqueza para guiar el albedrío.

Al servicio de la fama y del poder está el dinero y por eso no vacila en tomar el de sus compañeros, mediante un cruel ardid, en empréstito forzoso, para traer así del Perú los auxilios que asegurarán, a cambio de un momentáneo sacrificio, la continuidad de una obra gloriosa que está amenazada de muerte. Tal como reembolsa escrupulosamente su haber a los acreedores obligados, distribuye pródigo su hacienda entre amigos y parientes, incluso lo que obtiene en el juego, al que se inclina en extremo, hasta repartir de inmediato catorce mil pesos de oro, producto de cierta dobladilla.

Si dar, más que prueba de amor, es en Valdivia signo de señorío, perdonar importa en él, la mayoría de las veces, no tanto generosidad de corazón como fría y meditada conveniencia. En la conspiración de Chinchilla y de Solier, habrá que hacer vista gorda sobre buen número de culpables, ya que el sistemático ataque indígena obliga a ahorrar españoles capaces de servir en la defensa. En los muchos intentos de motín del incurable Pero Sancho de Hoz, la vida de éste sale otras tantas veces garantizada, porque trae despachos directos del rey que le autorizan a practicar exploraciones en el sur del país y cuenta con valimientos en la corte y el Perú que sería peligroso echarse encima cuando aún no está cimentada la conquista. Hay en todo esto un gran sentido previsor y un cálculo que ahoga en su comienzo los propios impulsos de venganza y que hace a las estrechas pasiones personales doblarse frente a la visión amplia del estadista.

La misma intuición política es la que guía sus hábiles maniobras en el cabildo y pueblo de Santiago para lograr la investidura de gobernador. Tiene un poder de sugestión tan efectivo que consigue traspasar su ambicioso proyecto a todas las mentes y dar a la masa la ilusión de que es ella quien le obliga a la fuerza a aceptar ese cargo.

Lo que así actúa y se manifiesta es la misma virtud que en el campo de la guerra hace de él un sagaz estratega. No en balde se ha formado en la escuela famosa del marqués de Pescara, el vencedor de Pavía, y bien luego esas dotes cultivadas quedarían en evidencia en las guerras civiles del Perú, donde su acción fue decisiva en los combates de Las Salinas y de Jaquijaguana. «Valdivia está en la tierra y rige el campo, o el diablo», pudo exclamar en esta batalla Francisco de Carvajal, jefe de los pizarristas, al advertir el impecable movimiento de las tropas de La Gasca que acabarían por aniquilarle. En Valdivia gobernante y en Valdivia soldado se hace común la destreza para mover a los hombres y rendirlos a su voluntad.

¿Conoció Pedro de Valdivia las inquietudes del amor? ¿Ejerció la mujer imperio sobre su destino? Las relaciones con la esposa legítima, doña Marina Ortiz de Gaete, breves y fugaces en el tiempo, no pasan de mero episodio. Hay, en cambio, un vínculo clandestino y de pecado que en él toma cuerpo en la época más importante de su existencia: su público y escandaloso amancebamiento con Inés Suárez. Esa mujer que le acompaña en la empresa de Chile desde la salida del Cuzco, con invariable lealtad y abnegación, que le salva más de una vez la vida y que, en la hora negra del asalto indígena a Santiago, luce contornos de admirable heroísmo y entereza, no constituye sin embargo para él un centro de atracción sentimental. Lo que le liga a ella apenas trasciende del campo meramente fisiológico. Cierto es que la llena de ricas encomiendas, pero allí entra más el premio al valor indiscutible del soldado que el pago a los favores de la carne. Su sentido del poder y el orgullo de conservar la plena independencia del obrar, no dejan sitio a las influencias; y cierta vez que Inés Suárez abogó por intereses de tercero, «se enojó con ella y la echó de sí dándola al demonio, e la echara de casa e lo efectuara si no fuera por ruego de Monroy». Y en el proceso seguido ante el presidente La Gasca, donde los enemigos de Valdivia acumulan toda suerte de acusaciones en su contra y consignan la decisiva intervención de Inés Suárez en el reparto de tierras e indígenas, los testigos interpelados coinciden en apreciar el libre discernimiento del gobernador en la distribución de mercedes y la imposibilidad de influir en sus determinaciones.

No podía Valdivia dilapidar afectos ni dejarse subyugar por el encanto de una mujer, cuando ya se tenía por entero entregado al cumplimiento de una obra gigante. En él se hace carne la idea de forjar una nación, de ir desdoblando de la nada el mapa de un nuevo reino, sin dar espacio en el corazón a otro fruto del sentimiento. Siglos más tarde y en la misma tierra, Diego Portales, fijado en la inmensa tarea de sedimentar un Estado aún de informe estructura, se dejaría asir en esta misión todas las sensibilidades del espíritu y actuaría también frente a la mujer como dueño de un instrumento de deleite.

En el culto a la naturaleza, que como el árbol del bien y del mal ha plantado el Renacimiento en medio de los mortales, Valdivia —el dominador de hombres— se muestra desde un principio rendido. Lo bello le toma a cada paso sin defensa en esta tierra que irá a recoger el ramo de sus inquietudes heroicas y de sus sacrificios. Era, después de todo, difícil que no se sintiera tocado ante la burla desafiante con que la primavera del Mapocho mira desde el fondo de los arrayanes y maíces los blancos residuos invernales de la cordillera; o ante la espesura del bosque sureño que reprime su enigma en la lonja azul y plata de ríos y de lagos.

Este suelo paradójico en que se conjugan aguas, desiertos, valles y cordilleras, y que el alma indígena sólo concibió desintegrado, lo ve él, en un golpe de intuición, como una armoniosa unidad. Es un todo orgánico y

coherente llamado a incorporarse al ritmo de la historia; una nueva nación en la que quiere, el primero, sentar carta de naturaleza. Se lo dice a Carlos V, cuando reclama en estos lugares mercedes y desdeña comprar un palmo en España, «aunque tuviese un millón de ducados». Y en las mismas cartas, que quisiera recias y tajantes como de soldado, se escapa el canto de amor a la patria adoptiva que su vena de artista no puede contener:

«Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto de luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles que no hay para qué llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no le es importuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas, infinidad otra de leña para el servicio de ellas, y las minas riquísimas de oro, y toda la tierra está llena dello, y dondequiera que quisiere sacarlo allí hallarán en qué sembrar y con qué edificar, y agua y yerba para sus ganados, que parece la creó Dios a posta para poder tenerlo todo a mano.»

Es el primer asomo del patriotismo, el preludeo de la tierna canción a la tierra que refugiará sus balbuceos en la pluma muchas veces áspera de los cronistas y que un siglo más tarde Alonso de Ovalle sabrá prolongar en precioso lenguaje, al definir la particularidad de Chile en el inmenso conjunto del imperio español.

### 3. *Flandes indiano*

Al salir don Quijote tras la gran aventura por la llanura manchega dio en creer gigantes a los molinos de viento y arremetió contra ellos hasta rodar maltrecho por los suelos. Y es que el caballero andante, de afiebrada imaginación y altos ideales, ve el mundo con otros ojos que el adocenado burgués que no se eleva de la exacta superficie de las cosas. Para que una acción sea real empresa de caballería, es preciso que el héroe batalle con adversarios dignos, y por eso el español estuvo muy lejos de aminorar el valor del enemigo indígena que le quiso cerrar el paso. Ante sus ojos de caballero el indio pasó a ser otro caballero; y ante su alma de hidalgo fue esencialmente un igual, porque tenía como él la substancia eterna del hombre. Por eso la lucha entre españoles e indígenas aparece regida por los mismos principios jurídicos y morales en vigor en el occidente cristiano y con frecuencia por normas caballerescas que ya agonizaban en Europa.

¿Qué otra cosa que un cartel de desafío de sabor medieval fue esa requisitoria redactada por el jurisconsulto Palacios Rubios y que Valdivia leyó a los caciques estupefactos del valle del Mapocho, por la que se les instaba a

someterse a los reyes de España y recibir pacíficamente a los predicadores de la verdadera fe o aceptar en caso contrario la guerra? Y nada más admirable como acción ajustada a los estrictos principios del derecho internacional, aún no definidos explícitamente, que la campaña de Cortés en México. Es que las normas de la caballería y del derecho obraban en el inconsciente del alma española.

Por eso la empresa de América tenía que conmover a la vez los anhelos de gloria de los aventureros y soldados, y el corazón y la inteligencia de los teólogos y juristas. La lucha de Europa contra el protestantismo había hallado en Trento voces hispanas capaces de definir sus principios, y la expansión al Nuevo Mundo —última cruzada— encontraría otras en las juntas de Burgos y de Valladolid. Y así como el jesuita Laynez pronunciara en el concilio ecuménico la palabra española de igualdad en esencia de todos los hombres, el dominico Vitoria, desde su cátedra de Salamanca, acabaría por exaltarla al campo de la vida internacional, haciendo de los pueblos personas morales, sujetos de derecho, que viven naturalmente en sociedad y se encuentran ligados por recíprocas obligaciones.

Esta doctrina de Vitoria, que enmarcaba el proceso de la guerra en moldes jurídicos categóricos y en cierto modo paralelos a los del código ético de la vieja caballería, iba a pesar como un fuerte gravamen sobre la conciencia de los conquistadores. González Marmolejo, el primer obispo de Chile, se encargaría de traerla al recuerdo en juntas de teólogos; por ella iban a trabajar también sus sucesores y lucharían, no siempre con prudencia, pero sí en todo caso con ferviente generosidad, el dominico Gil González de San Nicolás, consejero del gobernador Hurtado de Mendoza, y más tarde Luis de Valdivia, el jesuita de la guerra defensiva. Eran, por otra parte, normas tan enraizadas en el alma cristiana de la raza que el alud de las concupiscencias no fue capaz de borrar, aunque a ratos las pusiera en notorio eclipse.

El respeto al enemigo, corolario lógico de la fe en la idéntica substancia del hombre e inconfundible padrón caballeresco, no cesaría de aflorar como un categórico imperativo de la ética. Ya Valdivia se atrevió a decir que en su pericia guerrera los araucanos semejaban tudescos. Y Alonso de la Rivera no disimula en 1601 al monarca su asombro ante esos indígenas que «posponen vida, hacienda y quietud por su libertad». En cuanto a Alonso García Ramón, fue aún más lejos y en presencia de una cédula real que en 1608 condenaba a la esclavitud a los indios prisioneros de guerra, como represalia por la muerte que éstos dieran en una emboscada a Oñez de Loyola, se negó a obedecerla porque «su conciencia no le dictaba hacer esclavo al que nació libre y al que peleaba en defensa de su patria y de su libertad».

Pero donde la postura admirativa frente al adversario sobrepasó todos los límites fue en el caso de Ercilla, el cantor del alumbramiento de Chile. Aquí la ilusión caballeresca se alió a las amplias licencias de la poesía, hasta

trasladar intactas al salvaje de Arauco, con escarnio de la verdad etnológica, las virtudes ingénitas del hidalgo español. Poco cuesta descubrir el alma del legendario alcalde de Zalamea, Pedro Crespo, cultor de la honra y la justicia, en las estrofas con que el vate hace del fornido Caupolicán, apresado en una borrachera, un

*varón de autoridad, grave y severo,  
amigo de guardar todo derecho,  
áspero, riguroso, justiciero.*

Y hay frases que, más que de Lautaro, parecen arrancadas de la boca de un habitante del término de Fuente Ovejuna, para incitar al pueblo a alzarse contra el mal señor que ha pisoteado sus libertades forales:

*La fuerza pierden hoy, jamás violada,  
vuestras leyes, los fueros y derechos:  
de señores, de libres, de temidos,  
quedáis siervos, sujetos y abatidos.*

En un suelo lleno de accidentes propicios a las emboscadas y de difícil acceso para el extraño, el araucano opuso al conquistador una sostenida resistencia, sin que las supuestas similitudes creadas por la fantasía ercillesca hubieran podido entre ellos favorecer un entendimiento definitivo. Y la verdad es que allí el abismo del espíritu era más insalvable aún que las distancias u obstáculos de la geografía. El español, como todo occidental, y aun en mayor grado, creía en los valores del espíritu, tenía la existencia colmada de ideales y había dado con la esperanza del cielo una finalidad extratemporal a su vida. El araucano, en cambio, era negado a la abstracción y sólo reaccionaba frente a lo tangible. Su idioma, hecho de términos concretos, difícilmente podía desprenderse de la envoltura material de la idea para remontarse a un concepto puro. Su vida, dominada por el temor a los «pillanes» o almas de los antepasados, se refugiaba en la magia en busca de exorcismos y no tenía otro objeto que la guerra y el pillaje. Y como después de la muerte continuaba el espíritu peleando de igual manera, era necesario colocar alimentos, ponchos y armas en las tumbas para que el finado, con buen equipo, lograra desenvolverse sin tropiezo en las luchas del más allá. Así, falto de un cielo, como meta última y reposo de la larga brega existencial, el guerrero araucano sigue él mismo, antes y después del morir, y sólo cambia de plano pero no de tarea.

Ajeno a toda lucubración metafísica, no tienen para él sentido las ideas de patria, de honor, de gloria, de justicia y de derecho. Apenas algo más que el instinto es lo que lo mueve. Y por sobre el temor filial, el respeto a la mujer, las reacciones del pudor, la compasión por los ancianos y enfermos, exalta la fuerza, la sexualidad, el robo y la borrachera. Ni aun la audacia extraordinaria que supo en todo momento desplegar en su lucha con el conquistador, tiene semejanza con el heroísmo de estirpe occidental. En el europeo el valor es una virtud de orden moral, es el resultado de la expe-

riencia de la vida y de un esfuerzo de la voluntad. Es héroe el que, consciente del peligro, ha llegado a dominar el temor por un vencimiento supremo ofrendado en aras de un ideal más alto. En el indígena de Arauco, que apenas conoce el mundo y que lo mira como el niño inexperto, el valor no es otra cosa que un impulso desatado, carente de toda significación ética. Su temor al combate singular, de tan frecuente uso en la caballería europea, y su costumbre de atacar sólo en grupos y sorpresivamente, como en Tucapel, Marigüeño y Curalava, revelan por otra parte las limitaciones con que contaba ese impulso. Y la participación que en él se daba a la magia, al punto de creer que podía transmitirse la fuerza bebiendo la sangre del corazón del vencido y guardando su cráneo, muestra lo lejos que estaba el indígena de comprender el valor como una categoría abstracta y ascender en él más allá de lo tangible.

Grande era la barrera que separaba a araucanos de españoles, y si difíciles tenían que resultar entre ellos el entendimiento y la convivencia pacífica, cuánto más aún la fusión de las razas. No sólo el rencor explicable contra el invasor de su tierra hacía al araucano reactivo a la coyunda con el español, sino también una cierta repugnancia fisiológica, que no se extinguió en el curso de los siglos. De ahí que de todos los pueblos hallados por los conquistadores entre el desierto de Atacama y el seno de Reloncaví, fuese el que menos contribuyera a la formación de la nacionalidad chilena, a la que miraría siempre como extraña. En el aborigen labrador, poco dado a las luchas, encontraría en cambio el español la base para fundar su nuevo hogar. Este indio, poblador milenarista de la tierra y no de próxima data en ella como el araucano, le ayudó aun en contra del último en la larga guerra y prestó su brazo al trabajo del campo y de las minas.

Más fuerte, sin embargo, iba a ser el romanticismo literario que toda la verdad de la historia y de la etnología y el araucano endiosado por Ercilla acabaría por transformarse, mediante un proceso colectivo de transposición psicológica, en el arquetipo de la nueva raza mezclada, y en el ingrediente decisivo del que los propios nietos de los conquistadores derivarían el heroísmo chileno y las demás virtudes nacionales. Cientos de años más tarde las estatutas de Lautaro, Caupolicán y Galvarino se alzarían sobre el olvido de los nombres de Villagra, Aguirre y Mendoza, y la Canción Nacional, como un corolario del poema de Ercilla, afirmarían con énfasis que

*con su sangre el altivo araucano  
nos legó por herencia el valor.*

Pero sí, a despecho de la leyenda transformada en tradición, el araucano no trae a las venas del pueblo chileno un aporte de sangre que pueda estimarse apreciable, influye considerablemente en el desarrollo de la vida nacional y sin él ésta habría tenido de seguro una orientación diversa. Es el araucano, en perpetua eferescencia, el que impide, por lo menos durante dos siglos, que se normalice la vida entre los colonos; el que agota los recursos del erario y obliga al gobierno español a respaldar con dinero del

Perú el costo de una guerra sin descanso. Es también el araucano el que, con su hábito de romper la paz, torna precario el desarrollo de la industria incipiente y más difícil aún la expansión de la cultura. Es también el araucano el que obliga a mantener el hábito guerrero en el criollo de Chile y que crea en el territorio fronterizo de Concepción una tradición militar que al través de O'Higgins, Bulnes, Freire, Prieto, Cruz y otros, llegará a hacerse presente en los tiempos de la independencia.

Por eso será en Chile donde se extinguirá más tardíamente que en ningún otro lugar el espíritu caballeresco y donde aun en pleno siglo XVII serán valederos ciertos padrones del espíritu que se han tornado ineficaces en el resto de América y, sobre todo, en Europa.

Cuando ya en España el Quijote aparece vencido por el pícaro y un desaliento colectivo sucede a la inspirada tarea del siglo anterior; cuando comienza a dudarse de los ideales por que se ha combatido y un desgarramiento y escepticismo interiores abren las puertas a la decadencia, en Chile los postulados de Francisco de Vitoria tienen en el padre Luis de Valdivia un incansable mantenedor y se ensaya con empeño el sistema de la guerra defensiva. Todavía en esta tierra hay quienes piensan en la posibilidad de subordinar a principios de derecho una lucha que se va haciendo centenaria. Y cuando la noble intención parece del todo derrumbada, sobrevive la sustancia en el sistema de los parlamentos de Arauco, donde españoles e indios reajustan periódicamente las leyes de la guerra y las normas de la paz. Acaso hubo margen entre lo obtenido y lo anhelado, pero, después de todo, no era poco que el conquistador europeo tratara específicamente como a su igual al enemigo salvaje. Porque en esos parlamentos los convenios se celebraron de potencia a potencia, entre el Reino de Chile y el Estado de Arauco, como regidos por ese derecho internacional que supo llevar al campo público la fe de la raza en la igualdad en esencia de todos los hombres.

España, que había paseado sin obstáculos de mar a mar y había cogido medio globo en el puño, sólo vino a saber lo que era hallar resistencia en las llanuras de Flandes y en las selvas de Arauco. Por eso un escritor del siglo XVII, el padre Diego de Rosales, quiso hacer pasar a Chile al marco de la historia como la piedra de detención de la más grande potencia del mundo y llamó a esta tierra Flandes Indiano, nombre que habla mucho de hazañas, pero también de grandes desalientos para la caballería.